

Tenían los guardias franceses que componían un cuerpo de 3.600 hombres, algo de nuestra guardia civil; tenían guarnición fija en París y Versalles, de cuyo orden y policía estaban encargados, y se les permitía casarse, lo que hicieron muchos y naturalmente los más con familias de dichas ciudades, de suerte que en los guardias franceses el espíritu nuevo

se introducía por vías de segura influencia. Veamos como los guardias, sin querer, vinieron á dar una lección al gobierno, que éste, como no la comprendió, no pudo aprovecharla.

Era coronel de los guardias el duque de Biron, y como éste hubiese fallecido, el regimiento manifestó —en forma—su deseo unánime de que le reempla-



Mirabeau y el marqués de Dreux-Brézé

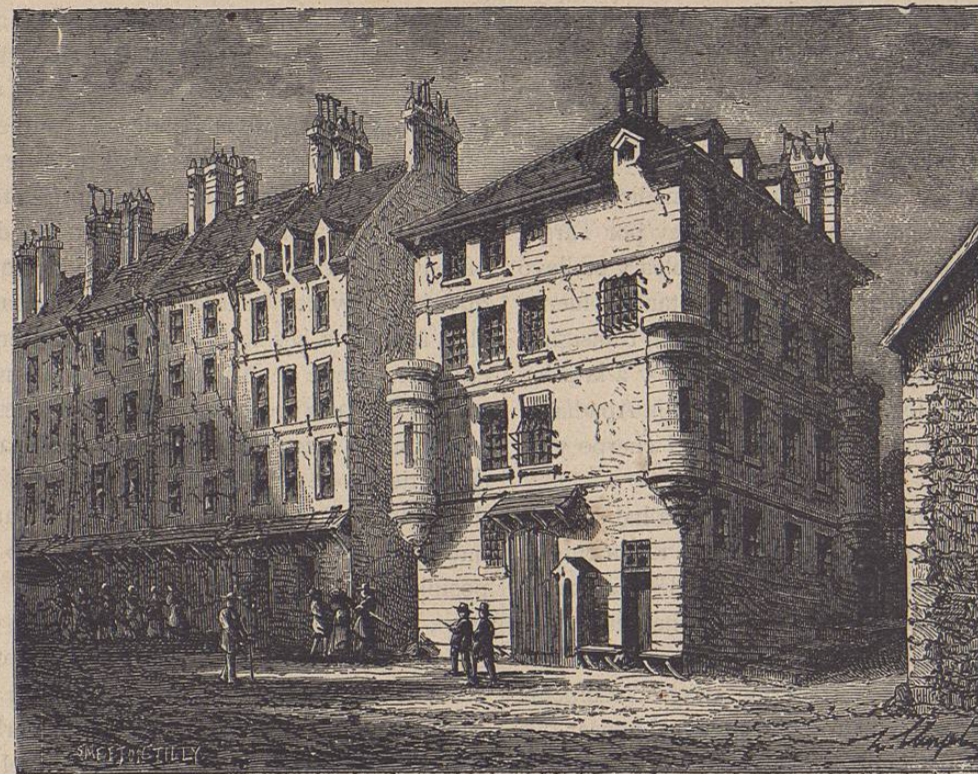
zase su sobrino, uno de los principales agitadores del partido orleanista. Aun cuando la reputación de ese nuevo duque de Biron hubiese sido mejor, dicho se está que la anterior circunstancia impedía á la corte dar su beneplácito para tal nombramiento. Hasta aquí nada de censurable ni por una ni por otra parte, pero el gobierno creyendo sin duda necesario imponerse á un regimiento que tales simpatías demostraba dió su mando al duque de Châtelet, coronel del regimiento del Rey en donde era muy poco querido; en el de guardias fué muy pronto detestado. En efecto, el duque carecía del dón de ganarse las simpatías, y era por su natural duro, altanero y minucioso. Principió por suprimir el depósito en donde se educaba gratuitamente á los hijos de los sol-

dados, lo que era evidentemente contrario al espíritu de la época, y esta medida siempre anti-política, lo era mucho más, cuando había ya quienes llamaban á los hijos de los soldados los hijos de la nación. Con estas y otras medidas de carácter disciplinario llegó á producir un estado de irritación y de exasperación que al menor motivo estallaba de un modo ú otro.

Cuando la lucha entre el Tercer estado y las clases privilegiadas llega á su apogeo, Besenval es quien lo dice, éste que mandaba los suizos y Châtelet, acuartelaron un día y otro á sus soldados á fin de librarles del contagio revolucionario y tenerles prontos para obrar. Como estas cuarteladas daban por resultado tener separados á los guardias de las

familias, y ni cesaban, ni se vislumbraba la época en que cesarían, aquella irritación de que hemos hablado se hizo mayor, y se manifestó ahora saliendo sin orden los soldados para ir á refrescar en las tabernas, ora para ir á hacer manifestaciones patrióticas en el Palais-Royal, todo á ciencia y paciencia de su coronel que no se atrevió á obrar, tal vez por haber descubierto ya que entre los guardias había quienes habían comprometido á un número mayor ó menor de sus individuos á hacer armas contra la

Asamblea nacional si para ello eran requeridos. Conocidos algunos de los miembros de esta asociación fueron sometidos desde luego á la ordenanza, y el día 30 de Junio once soldados ó guardias franceses fueron llevados á la cárcel de la Abadía—l' *Abbaye*. Cuando los políticos del Palais-Royal tuvieron conocimiento prorumpieron en gritos de furor y al grito de «á la Abadía» se precipitaron en masa que fué engrosando por el camino sobre dicha cárcel, y dos horas después de tener conocimiento del suce-



La abadía

so, es decir á las ocho de la noche, ponían en libertad á los once soldados.

Apenas habían salido á la calle los prisioneros cuando llegan á toda brida dos escuadrones, de dragones el primero y de húsares el segundo, sable en mano. El pueblo los acoge con gritos de ¡viva el rey! ¡viva el Tercer estado! mientras los más atrevidos sujetan á los caballos por sus bridas. Estos se detienen. Los soldados envainan sus espadas y se quitan sus cascos en señal de paz; y allí en medio de la calle, copa en mano, brindan por la nación y por el rey. El pueblo se llevó sus guardias rescatados á la fonda de Ginebra, y allí los dejó á su cargo.

Si en todo esto hubiese obrado una mano revolucionaria de seguro que no se hubiera pensado en ver

la manera de salvar el conflicto. En efecto, al día siguiente recibe Bailly una comisión de parisienses desconocidos y con mandato de personas sin autoridad alguna, dice el mismo Bailly, que ponen en sus manos una petición, que no se recomendaba por la forma, pidiendo que la Asamblea se interesase por los once soldados y reclamase para ellos la clemencia del rey. Bailly vió que todo esto era muy grave y se fué á conferenciar con Necker, quien le dijo que para prevenir en lo futuro complicaciones nuevas, no veía otro medio más que crear en París la guardia nacional, cosa que ya había reclamado en la Asamblea de los electores parisienses el día 26 de Junio el elector Bonneville, á quien persiguió el Terror por moderado y el imperio por revolucionario. La Asamblea nacional comprendió que se le ponía en



una situación difícil, pues no le era dado intervenir ya que la disciplina estaba en juego. Pero los más políticos comprendían que tampoco podían dejar sin defensa al pueblo parisién y á los guardias con quienes era necesario contar para resistir á la corte y contestar á su golpe de Estado.

En esta discusión se manifestaron ya los síntomas terribles de la falta de una clara inteligencia de la situación política de Francia, que tan cara había de costar á tanta gente. Fretau de Saint-Just, Mounier, Mirabeau, Clermont-Tonnerre y otros no querían que ni siquiera se discutiera sobre la petición, fundándose en el respeto que debían al poder ejecutivo y á la disciplina, en lo que estuvieran en lo justo sin las circunstancias. Estas eran las que aconsejaban que se reclamara la clemencia del rey para los amotinados, la que se obtuvo por medio de una hábil y prudente petición dirigida al rey por Target que aprobó por unanimidad la Asamblea y se llevó por su diputación al rey, y las circunstancias fueron las que aconsejaron al rey la clemencia, transigiéndose todo y dándose satisfacción al rey y á la disciplina, volviendo los once prisioneros á la Abadía de donde salieron á poco expulsados del cuerpo y en libertad.

Esta solución nos indica á qué altura había llegado el espíritu revolucionario, y cuán fácilmente se hubiese conseguido dotar á Francia de una constitución más ó menos liberal pero que hubiera hecho por de pronto imposible la revolución, sin los manejes de los ultrarealistas que desgraciadamente tanto ascendiente tenían en la corte. ¡Y pensar que éstos querían dar el golpe de Estado con guardias franceses, dragones y húsares, como los que fraternizaron con el pueblo la noche del 30 de Junio! Mas aún, con guardias de Corps que en Versalles mismo se insurreccionaron por exigirles ciertos servicios que entendieron que les humillaba, al grito, naturalmente de ¡viva el rey y el Tercer estado! y á quienes tampoco se castigó, reconociendo que no se les podía imponer servicios de policía. Morris, en vista de todo esto escribió el día 1.º de Julio que el rey había dejado que se escurriera la espada de sus manos, de modo que lo que todo el mundo veía sólo la corte no lo apercibía.

Pero la solución dada al conflicto no fué ideada por el rey ni por la corte, ni por la Asamblea nacional, sino que salió de un poder contrario, revolucionario que fué poco á poco adquiriendo fuerza legal sin tenerla en su origen. Cuando los clubistas pidieron á la Asamblea de los electores de París una solución al conflicto que tan arrebatadamente

habían provocado, la Asamblea les respondió, que la solución estaba en la vuelta de los once soldados á la cárcel del Abbaye, y nótese bien, los que así aconsejaban eran los electores de segundo grado, ó un cierto número de ellos que persistieron en reunirse y deliberar á pesar de las negativas del gobierno respecto al permiso que para ello necesitaban, y que acabaron, no sólo por obtenerlo, sino por reunirse en las Casas Consistoriales de París. Véase cómo la anarquía tiene siempre en todas partes por fautor y protector al gobierno y á la corte. Permitir que el cuerpo electoral continúe funcionando al lado de los diputados, juzgando sus actos, discutiendo las proposiciones que luego se les encargara que sometían á la aprobación de la Asamblea, es perturbador y anárquico, pues no se trata de un grupo de electores que se abraza la representación del cuerpo electoral, lo que en este caso puede ser inofensivo, si no del verdadero cuerpo electoral, de los que con sus votos hicieron los diputados, por esto ellos acuden á sus sesiones, y como veremos luego el mismo conde de Mirabeau á pesar de no ser diputado de París presenta sus proposiciones de ley á la Asamblea electoral parisién para que las discuta, convirtiendo de esta suerte á los electores de segundo grado de París en una verdadera Asamblea en una segunda cámara. En vista de todo esto, ¿era posible la energía?

Sí, han de contestar los que crean de buena fe que no había más remedio que el golpe de Estado ó sea la disolución de la Asamblea, y sin embargo, nadie veía la fuerza necesaria para llevarla á cabo. Lord Auckland escribía nada menos el día 5 de Julio «que lo que sin ninguna duda había contribuido á esta rápida y maravillosa revolución, era la defección de las tropas destinadas á ejecutar medidas represivas, y la probabilidad de que el ejército entero estaba dispuesto á obrar. Informes los más precisos en este punto llegan cada día á los ministros.» En efecto, en Bethune, á consecuencia de un tumulto producido por la carestía del pan, un regimiento entero se negó á cargar sobre el pueblo, y este no es un caso aislado, podríamos citar muchísimos, y lo que es más grave la tropa permanecía arma al brazo hasta en presencia de delitos y crímenes que merecían ser severamente reprimidos cualquiera que fuera la causa que los motivara.

Dicho se está que fueron muchos los que creyeron que la clemencia de Luís XVI no era sino una máscara destinada á engañar á los que se creían amenazados por un golpe de Estado, y entre éstos

Mirabeau resolvió probar á la corte que los hombres del Tercer estado velaban.

Habiase ya formado en París, en el Campo de Marte un verdadero campamento, y detalle significativo, las tropas allí acampadas estaban rodeadas por una doble hilera de guardias destinadas á impedir toda comunicación entre el pueblo y los soldados. Los caminos estratégicos que rodean á París y Versalles, estaban interceptados por las tropas, y la corte decía en alta voz que éstas llegaban sólo para prevenir la repetición de sucesos como los del 30 de Junio. Mirabeau, pues, se resolvió á provocar, á desafiar al gobierno en la sesión del día 8 de Julio, denunciando á la Asamblea este estado de cosas, y como quiera, decía, que se van concentrando los regimientos extranjeros que tan fácilmente podrían por dicha circunstancia entrar en colisión con el pueblo; la Asamblea nacional debe pedir al rey que se aleje á dichos regimientos y que á la vez se organice en París una guardia ó milicia burguesa para su tranquilidad. La Asamblea votó la primera parte de la proposición y reservó la segunda. Es decir, que en la misma Asamblea, en donde se supone que existía la conspiración revolucionaria, no había atrevimiento para crearse una fuerza, un ejército adicto.

El rey no contestó á la petición de la Asamblea hasta tres días después, es decir, hasta el día 11 de Julio, y lo hizo en términos que pudo creer hábiles sólo la mollera cortesana, pues le decía á la Asamblea que puesto que tanto temor le daban las tropas que se reunían para la conservación del orden, no tenía más que trasladar sus sesiones á Noyon ó á Loissons para lo que daba su consentimiento, y que allí estarían lejos de las tropas. Pero á la vez que despedía á la Asamblea para dichos puntos, despedía para su casa á Necker con orden de que lo hiciera con la mayor reserva y sigilo, y Necker, siempre complaciente, lo hizo tal cual se lo encargaba la orden real, tanto, que no se supo hasta la mañana siguiente la caída de Necker y sus compañeros, dando con este servilismo nuevo motivo para que se le acusase de haber traicionado la causa del pueblo, y mal lo pasara si precisamente no le cubriera el hecho mismo de ser despedido al intentarse el golpe de fuerza. Necker, al retirarse, lo hizo como un caballero. No solo cumplió la consigna de su rey, sino que mantuvo su firma garantizando á los acreedores los dos millones de que había salido fiador. La Asamblea, como hemos dicho, ignorante de todo, continuó deliberando el día 11 sobre las proposiciones que le hacía su comisión constitucio-

nal dándose á conocer en ese día Lafayette de una manera brillante pidiendo que ante todo se principiara por una declaración de los derechos del hombre. El día 11 terminó, pues, con considerable ventaja para la acción gubernamental. ¿Qué iba ahora á hacer el nuevo gobierno?

A los ministros destituidos les reemplazaron el barón de Breteuil, en quien se ponía toda la confianza; el mariscal de Broglie, á quien se creía por la gloria que conquistó en la guerra de los siete años, ídolo del ejército, por Foulon, el gran partidario de la bancarrota para liquidar la Hacienda, y del inofensivo de la Porte. Estos hombres, para quienes el tiempo no tenía precio, que tuvieron todo un día y toda una noche para obrar, después de haber acordado crear 100 millones en papel moneda para hacer frente á los apuros de la Hacienda, se retiraron tranquilamente á descansar, dejando sin instrucciones á las tropas de París, seguramente convencidos de que no se había de turbar la tranquilidad por haber despedido el rey por tercera vez á Necker y sus amigos. ¡Cuán grande, pues, no hubo de ser su sorpresa, ellos que creían tener el golpe de Estado asegurado, al encontrarse con una revolución!

París despertó furioso el día 12. La noche anterior había sido agitada. Habíase celebrado en el Palais-Royal un gran banquete por los guardias franceses y la artillería y allí el patriotismo manifestó sin embozo sus esperanzas. Guardias y artilleros fueron aclamados, y todo esto á ciencia y paciencia de los generales que mandaban en París, que por momentos iban perdiendo su fuerza moral. Al mismo tiempo que esto sucedía, los electores ó la Asamblea electoral del Tercer estado, discutía la proposición de Mirabeau relativa á la formación de una guardia burguesa, y excusamos decir lo que se diría en favor de un verdadero ejército nacional y de la supresión de las tropas extranjeras, aún cuando al día siguiente algunos de sus regimientos, según confesión del propio Loustalot, como el Royal-Allemand y Chateaufieux se negaran á marchar contra el pueblo. Por la mañana del 12, pues, se hizo pública la destitución de Necker, y el buen sentido del pueblo que rara vez se equivoca, adivinó desde luego que aquella salida no era más que el preludio del golpe de Estado, pero de un golpe de Estado puramente realista, no gubernamental, dado que los ministros de combate se habían ido á buscar no entre los más exaltados y firmes de todos los ultras, sino en el círculo particular de los amigos del rey, y quien sabe si esta elección no fué causa